

El salón del ciego¹

Carlos Victoria

UN PADRE Y UN HIJO, QUE NUNCA SE HABÍAN VISTO COINCIDieron por azar en un bar clandestino en las afueras de Camagüey, una tarde de abril del año 80.

El local, un rancho de madera y guano, en el fondo de un enorme patio totalmente tapiado, tenía un aire de efímero pegote si se le comparaba con la casa principal de la quinta, construida en los tiempos coloniales y carcomida por lluvias y vientos, ennegrecida, de ventanas ladeadas y condenadas por gruesos tablones, pero con un semblante patriarcal que ni aun la ruina podía desvanecer. En ella vivía un ciego llamado Julián. Él y su esposa atendían el negocio.

Gatos y perros convivían sin agravios bajo los gajos de mangos frondosos que daban sombra y frescor en el patio, ajenos al trajín de los clientes que entraban y salían de la choza convertida en taberna. Frutas caídas antes de su tiempo, algunas ya pintonas, hojas y desperdicios enmascaraban la tierra rojiza, emanando un olor empalagoso que se sumaba al tufo de la cerveza cruda. Pájaros agitaban el tejido de las ramas, trinando, pero su canto perdía resonancia ante el escándalo de los bebedores, pues el licor aumentaba el volumen de las voces vehementes que definían, juzgaban o transformaban el orden del mundo.

Pero esta tarde en la que el padre y el hijo, desconocidos el uno para el otro, coincidieron en el bar ilegal, los escasos clientes no armaban tanta bulla. El cielo encapotado oscurecía aún más la sombra natural bajo los árboles, donde el ciego y su esposa habían puesto unos bancos. Dentro del rancho, donde se despachaba la cerveza, y algunos conversaban o echaban pulsos o tiraban los dados, la mujer había encendido dos quinqués; la electricidad no llegaba a este sitio. La luz temblequeante reflejaba en el piso, las paredes y el techo las siluetas de los bebedores, y

¹ Primer capítulo de la novela en proceso *El salón del ciego*.

al proyectarlas las descomponía, las deformaba, las agigantaba; cada ademán y cada movimiento se repetían exageradamente, como trazados con carbón.

El padre había escogido el interior del rancho para tomar con un amigo de su juventud, al que no había visto en un montón de años. Los dos bebían en una mesa al fondo, junto a una ventana, apartados de los jugadores. Tenían un pasado en común que evocaban interminablemente, citando nombres de lugares y gentes y describiendo acciones con pelos y señales; con sus gestos materializaban escenarios y rostros, mientras vaciaban las botellas sudadas.

El hijo, acompañado de una mujer y un viejo, se había sentado afuera, a la sombra de los mangos. La primavera había degenerado en un prematuro verano, contaminado por nubes de mosquitos. En el verdor de la hierba y las ramas había algo amenazante, como si aquel color, que había llegado a su culminación, sólo pudiera ahora causar algún perjuicio: fabricar espejismos, entorpecer la vista. Los animales, dispersos en el patio, dormitaban en el denso sopor.

– Hace falta que llueva.

El ciego Julián atravesaba el patio sin la ayuda del bastón, custodiado por un par de perros. Tenía una voz profunda, un poco enronquecida, pero su sonrisa desmentía la gravedad del tono. Sus espejuelos, oscuros como su piel, mantenían un riesgoso equilibrio sobre la nariz, tan sumamente chata que se podía pensar que un puñetazo la había hundido en el rostro. Pese a la ceguera y a la vejez, su cuerpo flaco y musculoso se desplazaba con completa certeza, sorteando las raíces, los tachos de basura, los pedruscos; el dominio de su territorio lo investía de aplomo. En torno a su cabeza los mosquitos zumbaban.

– ¿Todo bien?

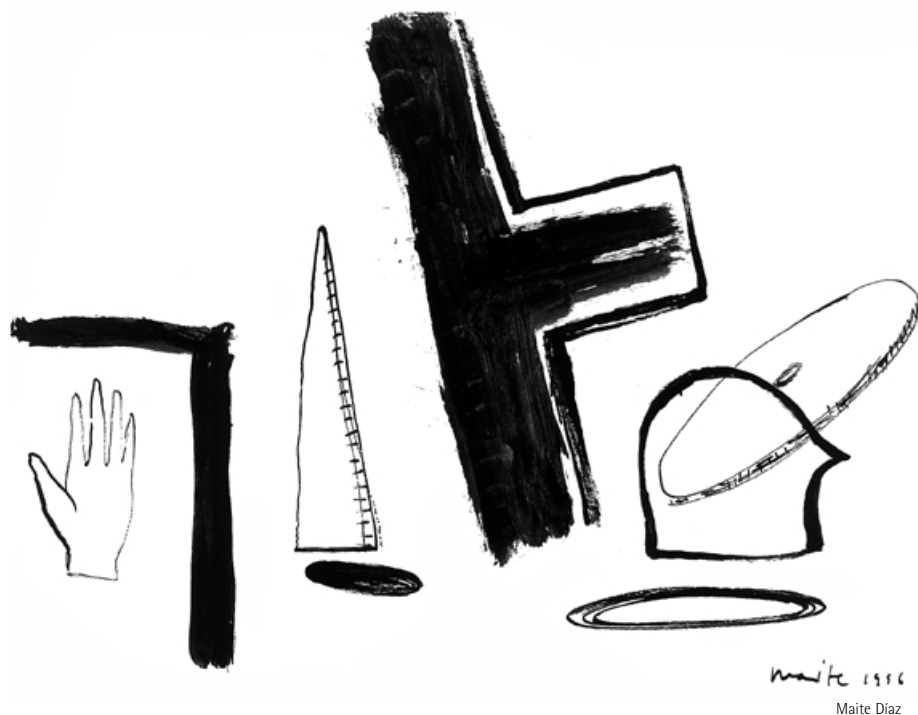
Una pregunta más bien dirigida a las plantas, o al cielo nublado. Los únicos clientes que tomaban afuera (el joven cuyo padre desconocido bebía adentro, la mujer y el anciano) se limitaron a decir un “sí” quedo, o a asentir con la cabeza, olvidando que el hombre que cruzaba ante ellos no podía ver. Pero nada importaba. El ciego y el calor sólo demandaban que el líquido espumoso se bebiera, y el trío cumplía a cabalidad la función. La mujer, que no pasaba de los treinta años, llevaba la batuta: su vaso de cartón se encontraba vacío. Los tres tomaban la cerveza en perga, ya que la embotellada resultaba más cara, y aunque el viejo, que era el que invitaba, guardaba en su bolsillo un fajo de billetes, a ninguno se le hubiera ocurrido que tomar era un lujo, o algo relacionado con el paladar. La cerveza cruda en los toscos envases bastaba. La mujer quería más.

– Ahora te toca a ti ir a buscarla, Miguel —dijo el viejo, poniendo en las manos del joven un billete de a diez.

– No me toca, ya yo fui la otra vez. Y la otra. Que vaya María, a ella le sirven más.

– ¿A mí? Esa mujer me odia.

– Mentira. Ese es su carácter. A ti te llena los vasos hasta el borde, es un asunto de mujer a mujer. A mí me los deja casi a la mitad.



María se puso de pie, convencida. Su mirada, que siempre se posaba sobre gentes y cosas con intensa fijeza, parecía ahora dispersa, dándole un aire de reflexión a un rostro que todavía era hermoso.

– Yo te acompaño, dijo el viejo, tomándola del brazo.

La irregular pareja se alejó hacia la choza entre filas de árboles y bancos, jaraneando con falsa intimidad; la tarde y el alcohol contribuían a la simulación y el arrumaco. El joven bebió un poco de cerveza y entrecerró los ojos. Sentía un poco de sueño: hacía dos noches que no dormía en su casa, deambulando por bares, por parques, por esquinas, discutiendo, jugando, contando o escuchando tramas enrevesadas, visitando personas a las que sólo lo ligaba el gusto por la juerga, haciendo el amor en camas que chirriaban, o en matorrales, o en callejones sin rastro de alumbrado, mataperreando por barrios dudosos, timando con su plática a borrachos dispuestos a pagarle un trago, enredando a veces en locas controversias que en más de una ocasión se habían resuelto en bronca.

Ahora una ráfaga repentina daba vida a los árboles, estremecía la verja de la entrada, mecía las barbas de los curujeyes, levantaba de la tierra las hojas, ahuyentaba el enjambre de mosquitos y hacía girar con frenético impulso, sobre el caballete de la senil casona, una veleta coronada por un gallo de hierro. La brisa adormecía al muchacho, que en ese instante sentía una rara calma. Sus pensamientos, siempre atropellados, habían cedido ante el roce del viento.

Adentro, el padre, al escuchar el aire que silbaba en el guano, se había quedado absorto. Al igual que su hijo, llevaba varios días de parranda, sólo que en un ambiente diferente: militar de alto rango, tenía acceso a atenciones y a lugares que para el hijo se encontraban vedados. Su presencia esta tarde en el tugurio obedecía a un capricho, o a un afán de aventuras: los credos políticos, los grados en los hombros, no habían mermado su avidez por la vida. Ni su sed de licor. Ni su atolondramiento. Jamás podía permanecer tranquilo en un mismo lugar por varias horas; y en esto el hijo, a pesar de no haber visto jamás al padre, era su vivo retrato.

Este desasosiego había puesto en peligro varias veces la carrera y el prestigio del padre; pero a la larga antiguos camaradas intercedían por él. Porque el padre se ganaba a la gente con sonrisas, con labia, con gestos generosos. Y además tenía un pasado heroico, había luchado en las montañas, dinamitado puentes, asaltado cuarteles, dormido a la intemperie con un fusil de almohada. Había cambiado, en esa época de insurrección, sus prebendas de joven de buena cuna, como decían entonces, por los riesgos de la guerra. Y poco después del final de la lucha, cuando el triunfal gobierno la había emprendido contra los ricos, el padre había accedido de buen grado, personalmente, en nombre de la revolución, a despojar a su propia familia. De eso hacía veinte años.

Precisamente ahora, cuando el viento arrastraba un aroma de lluvia, se acordó de su hermano mayor, que había acabado de morir en Miami, luego de casi dos décadas de exilio. Nadie como su hermano para atisbar los cambios en el cielo, para augurar sequías, ciclones y chubascos. Bebió con prisa el resto de cerveza que burbujeaba en la botella oscura. Nada más vergonzoso que ser un capitán sentimental.

Afuera el hijo cabeceaba en el banco, sumido en la modorra. Tenía el cabello largo, una barba y un bigote ralos que no se había afeitado en varios días, la ropa sucia, los zapatos rotos. A diferencia del padre, que cuando joven era presumido, el hijo apenas cuidaba su apariencia. Mucho menos en los últimos años, después de haber estado preso un par de veces; menos aún cuando pasaba por rachas como ésta, en las que sólo le importaba beber, atarantado.

Un bolero a toda voz interrumpió su ensimismamiento: era el ciego sacando agua del pozo, al parecer feliz al olfatear la lluvia. Cantaba con vigor, en un puro arrebatado, mientras doblándose sobre el brocal manipulaba la roldana.

El hijo, para desentumirse, se puso a caminar por el inmenso patio. La quinta había albergado, en los comienzos de la Guerra Grande, a un grupo de patriotas que conspiraba contra los españoles bajo la dirección de un famoso hacendado. Los ideales y las estrategias se habían examinado con febril convicción en los salones de la imponente casa, o tal vez bajo los mismos árboles; luego se redactaron manifiestos, se inventariaron armas y machetes, se leyeron sonetos sobre la libertad. Ahora, más de un siglo después, el hijo, que en otro tiempo había estudiado Historia, y que había leído apasionadamente manuales gruesos, biografías enjundiosas, hasta llegar a sentir como inmediatos sucesos de otras épocas, apenas recordaba que este sitio tuvo un significado en el extraño avatar de su país.

El ciego, que había sido empleado de los descendientes de los conspiradores, y que se había quedado como el único dueño de la quinta (sus patronos se habían marchado hacia Estados Unidos en el año 60, y él se volvió el legítimo heredero, a pesar de su piel rotundamente negra), había inaugurado el negocio hacía un año, aprovechando la dificultad de conseguir cerveza en cualquier parte; el joven se había vuelto un cliente habitual desde el principio, pues su casa no se encontraba demasiado lejos; podía incluso, con un poco de esfuerzo, venir a pie. El antiguo estudiante y lector había roto, no sólo con la Historia, sino con su propio pasado, y por lo tanto este lugar sólo significaba para él un refugio donde bebiendo eliminaba la vida del otro lado de la tapia. Ahora, después de cerciorarse de que nadie miraba, orinó tras la palma al lado de la verja.

El ciego vaciaba el agua del cubo en el abrevadero del corral de puercos; varios cochinos, gruñendo, se agolpaban en el chiquero alrededor del hombre. El joven se acercó estirando los brazos, bostezando, y recostándose a una estaca dijo:

– Tienen sed.

– Ni sé por qué estoy haciendo esto —dijo el ciego—. Va a llover y van a tener agua de sobra.

Pero ya el muchacho no escuchaba. Había hecho el comentario por ser cortés, y luego prosiguió con su sonambulismo inofensivo. Recordó que la noche anterior, durante un pestañazo en casa de un amigo, había tenido otra vez la misma pesadilla: en el sueño él creaba un lugar exacto al sitio en que dormía, de modo que la sensación de estar despierto era absoluta. Pero un detalle, tal vez un brazo colocado en la almohada que no correspondía a un cuerpo conocido, o una figura acurrucada en un rincón del cuarto, o una voz debajo de la cama que murmuraba frases en un raro idioma, le revelaban que algo había fallado, y que estaba a merced de una fuerza sinuosa que le impondría la muerte por asfixia. Sus miembros, tanto en el sueño como en la realidad, se contraían, se paralizaban, volvían a contraerse, como si alguien lo hubiera maniatado. Entonces despertaba.

Se alejó del chiquero hasta llegar al portal de casa, convertido en un ralo cobertizo. En las losetas cuarteadas crecían mazos de hierba, para deleite de patos y gallinas. Tupidas plantas trepadoras, de buganvillas y de cundeamor, aprisionaban las columnas raídas, las paredes con magulladuras que corrompían la carne del ladrillo. Los amplios ventanales habían sido atajados a punto del desplome por toscas tablas de algarrobo, claveteadas en cruz. La puerta estaba cerrada con candado. Ni el ciego ni su esposa confiaban demasiado en los clientes, que como el joven Miguel merodeaban, a veces en estado de absoluto torpor, por los alrededores. Por último el muchacho regresó al mismo banco debajo de los árboles, sintiendo con euforia la envoltura del viento, que atravesaba reciamente el mangal, doblando las ramas más endebles, esparciendo el olor del chaparrón cercano.

Adentro, en el fondo del rancho, el padre, cuyo amigo se había levantado a comprar más cerveza, observaba a la mujer recostada al mostrador junto al

viejo; se preguntaba si serían amantes. Le complacía ver en el sitio a otra mujer además de la esposa del ciego, que no era joven ni hermosa; en realidad al padre le resultaba casi imprescindible tener una presencia femenina cerca de él. Obligado, como militar, a moverse casi siempre entre hombres, valoraba con creces la imagen de una hembra; unos senos, una boca pintada, un sencillo contoneo de caderas, le devolvían su razón de ser.

Sus tiempos de seductor habían perdido brillo; a los cincuenta años, aunque en pleno dominio de su virilidad, con una esposa, tres hijas, dos queridas, la ardua supervisión de almacenes de víveres, su afición al alcohol, las pequeñas (pero peligrosas) intrigas entre mandos, alimentadas por rivalidades y por desconfianzas, apenas le quedaba lugar para nuevas conquistas. Pero esas trabas no le impedían apreciar, como ahora, la visión de los pechos redondos, pugnando por abrirse paso entre la blusa, y de los muslos a los que la tela se adhería con fruición. Disfrutaba a la vez de la voz femenina, del lenguaje y el tono que inexplicablemente denotaban una educación, no la vulgaridad que se podía esperar de una mujer que comprara cerveza en este cuchitril, a esta hora insólita del mediodía.

– Me preocupa Miguel —le decía en ese instante la mujer al viejo—. Siempre es tan alegre, tan comunicativo, y hoy hay que sacarle las palabras de la boca. Y la forma en que anda, sucio, hasta con mal olor.

– Es un caso perdido —dijo el viejo—. No sé por qué tienes que andar con él. No me pesa pagarle la cerveza, porque es tu amigo, pero es un tipo problemático.

– Él no es así. Tú no lo conoces como yo.

– No hay peor ciego que el que no quiere ver —dijo el viejo.

De inmediato la mujer le hizo una seña con el rostro alarmado, indicando que la esposa de Julián, que machacaba bloques de hielo a la luz del quinqué, podía haberlo escuchado.

El padre, que se esforzaba por seguir la conversación de lejos, por encima del diálogo de los otros bebedores, sonrió al ver el gesto, la sutil consideración de la mujer. Luego se olió con disimulo debajo de los brazos, porque era posible que al igual que el Miguel que mencionaba la desconocida (el nombre del padre era también Miguel) él apestará.

Bajo el efecto de una feroz resaca, había salido de Holguín el día anterior rumbo a La Habana, inquieto por las inesperadas noticias: el asalto a la embajada de Perú, que en este instante se encontraba repleta de gente que reclamaba asilo; la intempestiva decisión del gobierno de permitir la salida de Cuba por el puerto de Mariel. En el camino se había tranquilizado con una botella de aguardiente de caña, y al pasar en su jeep por Camagüey, la ciudad en la que había nacido, y en la que había transcurrido gran parte de su niñez y juventud, no había podido resistir el deseo de encontrarse con un viejo amigo, compañero del bachillerato, que con el tiempo había caído en desgracia. El padre actuaba muchas veces así, por impulso, zafándose del cepo de los pro y los contras.

Le había dado permiso a su chofer para que visitara a unos parientes, había

alquilado un cuarto de hotel, y ya vestido de civil había iniciado su imprevista parranda en esta capital de provincia, en la que cada barrio, cada plaza y esquina, conservaban la huella de los años remotos en los que su carácter había adquirido forma, o tal vez se había fragmentado o disuelto. Pero el calor y la humedad, sumados a la espesa neblina de los tragos, no le habían permitido que reflexionara sobre los accidentes de su vida impetuosa, y a la larga sólo le habían sudado la camisa. Que por suerte, ahora lo comprobaba, no tenía mal olor.

Afuera, el hijo aprovechaba la ausencia de la mujer y el viejo para contar el menudo de sus bolsillos. Había despilfarrado en menos de dos días su salario mensual de medidor de tablas. Aparte de tener la esplendidez de la gente muy pobre, el hijo, alebrestado por el licor, se empeñaba en gastar con urgencia el dinero, como el que se deshace de un objeto robado y por lo tanto comprometedor; y sólo cuando llegaba el momento, como ahora, en que ya los billetes se habían desvanecido, es que experimentaba la avaricia.

De repente decenas de pájaros que al parecer huían de la lluvia, o la anunciaban como heraldos ruidosos, invadieron el cielo en convulsas bandadas. Aleteando, graznando, formaban escuadrones que en un segundo se disolvían en manchas, para ascender o descender en filas, o en forma de embudo como un rabo de nube, o adentrarse en los árboles sacudiendo los gajos, picoteando las frutas, sin poder detenerse, y en zafarrancho volver a alzarse y bajar en picada.

El hijo los miró con el asombro que provocaba en él toda muestra de destreza o ardor. El padre los vio maniobrar a través de la ventana del rancho y pensó: Qué lástima no tener la escopeta. Porque el padre era un sobresaliente tirador, y una de sus tantas pasiones era la cacería. El hijo, en cambio, no tenía puntería, ni siquiera al lanzar una piedra. Ante esta inesperada invasión de las aves, el hijo sólo observaba las formas, los movimientos, los bruscos contrastes, y después viraba la cabeza; mientras que el padre sólo pensaba en los actos concretos, para entrar en acción.

Los pájaros siguieron su camino.

Inmensas nubes del color de la tizne se juntaban en moles, convirtiendo la tarde en el anochecer. Los truenos restallaban en la lejanía; los relámpagos hendían el cielo. El foganazo de un rayo iluminó la palma al lado de la verja, calcinó en un segundo un par de pencas que cayeron estrepitosamente sobre un rosal marchito. Un ave rezagada, de plumaje mugriento, cruzó chillando como una exhalación entre las copas de las matas de mangos. En ese instante estalló el aguacero.